

# Discurso de D. Federico de Onís leído en el banquete del Astor

(Texto del discurso del Prof. D. Federico de Onís, leído en el Banquete del Hotel Astor en conmemoración del Día de la Raza).

AL gran honor que se me ha hecho invitándome a llevar la voz de España—la madre de todos—en la fiesta de nuestra raza, yo no puedo responder con mi presencia. Sólo puedo enviar estas pobres palabras, escritas con la emoción y timidez de quien se da cuenta de la honda significación que hoy más que nunca tiene esta fiesta de comunión hispánica. A la misma hora en que vosotros estaréis reunidos para conmemorar la fecha de máxima significación histórica en los anales de la acción española, yo estaré reunido con más de treinta norteamericanos, que hacen la profesión de su vida el estudio de nuestra cultura, para leer y comentar «Don Quijote de la Mancha», el monumento más alto de la espiritualidad española. Estos dos hechos, el descubrimiento de América y la creación del «Quijote», no pueden estar nunca separados en la conciencia de nadie que se precie de hablar en castellano.

«La lengua, señoras y señores, es la sangre espiritual de una raza. Nadie habla ya de razas en el sentido antropológico al tratar de explicar la unidad de los grandes pueblos históricos, creadores y depositarios de las sendas formas de civilización. La masa étnica que forma la población de todas las grandes naciones modernas y que se nos aparece con los caracteres inconfundibles de cada una de las civilizaciones que luchan en la competencia de la historia moderna, tales como la inglesa, la francesa, la italiana o la española, no es uniforme ni mucho menos; es una mezcla compleja de elementos étnicos del más diverso origen y carácter. Y sin embargo, una cultura propia, transmitida por una tradición ininterrumpida y fijada en una lengua, ha sido un lazo de unión mucho más fuerte y esencial que todas esas diferencias, al parecer tan hondas, de la sangre. Hoy mismo vemos aquí todos los días como se ve en nuestros países hispanoamericanos—el proceso rápido de absorción por la cultura inglesa—como allá por la española—de la más variada inmigración extranjera, que al cabo de muy pocas generaciones queda reducida al tipo común de las diversas nacionalidades americanas. El hombre es un producto social, y el alma de cada uno de nosotros, en aquello mismo que nos parece

más natural y espontáneo, es una creación del ambiente espiritual que hemos respirado desde la infancia, hecho todo él de los ejemplos, los sentimientos, las costumbres y las ideas que en tradición vivaz y eterna nos han transmitido nuestros antepasados. Y la lengua es no sólo el instrumento de transmisión de toda esta cultura acumulada, sino que ella misma es la creación más genuina y original del espíritu colectivo de la raza.

«No quiero decir, al decir esto, que la medida de nuestro españolismo esté en el grado de conservación de la tradición que nos han legado nuestros padres. Así piensan muchos; pero yo no soy de ellos. Creo, por el contrario, que los mejores españoles de hoy serán aquellos que con sus almas españolas se lancen, como nuestros padres, a descubrir nuevos mundos en la realidad y en el espíritu, creando así originalmente la tradición de mañana. Hace treinta años empezó a surgir en los diversos pueblos de habla española una generación de escritores dotados de gran poder de invención, cuyas innovaciones audaces aparecieron a los ojos de nuestros tradicionalistas como pecado imperdonable contra la tradición castiza y como peligro de disolución de la esencia de la cultura y la lengua española. Pues bien, hoy podemos ver que aquellos hombres originales y sinceros—cuyas innovaciones han llegado a aceptarse por todos y a formar parte del ambiente colectivo de hoy—representan uno de los momentos más brillantes de las letras españolas y quedarán, con el rango de clásicos, como el legado de nuestra generación a las generaciones futuras. Ellos son el lazo que une nuestro pasado con nuestro porvenir, manteniendo así la permanencia de nuestra cultura; y ellos son igualmente el lazo más poderoso que hoy une a cuantos hablan español en tan diversas y alejadas tierras. Ellos significan la conciencia de la unidad de nuestra raza por encima de tantas diferencias políticas, económicas y sociales; gracias a ellos han empezado a desaparecer antiguos celos e incomprendiones; y han mostrado al mundo y a nosotros mismos que cuando americanos o españoles tratan de dar lo más genuino y original de su espíritu es cuando fatalmente crean una obra

que todos consideramos como nuestra y que queda por lo mismo incorporada al todo indiviso de la gran civilización hispánica. Rodó, Rubén Darío, Amado Nervo, Díaz Rodríguez, Santos Chocano, Lugones, Vaz Ferreira, y la legión de grandes poetas, novelistas y pensadores de la América hispana, como los españoles Benavente, Azorín, Marquina, Unamuno, Valle-Inclán, etc., y nuestros científicos Cajal, Menéndez Pidal, Rey Pastor, y nuestros grandes artistas, son sin duda gloria del país donde nacieron; pero las raíces de su obra y la perspectiva de su influencia, se extienden más allá de las fronteras nacionales, y su nación de origen no debe sentirse celosa si a estos sus hijos, con el mismo derecho que ella, los llaman hijos suyos España y las veinte patrias hispanoamericanas.

«Yo no creo, por lo tanto, que la unidad de la civilización española radique en la uniformidad de nuestra vida, conforme a los patrones tradicionales. Una tradición que se detiene es una forma muerta de la que ya no hay nada que esperar. Yo creo que España y los pueblos hispanoamericanos deben tratar, cada uno a su modo, de alejarse cuanto más puedan de su pasado común, realizando plenamente sus ideales de hoy y cuidando bien de estar seguros de que son ideales «suyos» los que están realizando y no imitaciones o imposiciones del extranjero. No importa que marchemos por distintos caminos y que lleguemos a resultados diferentes. Si realmente la obra que hayamos hecho en nuestras patrias es obra nuestra original, aunque parezca que nos hemos alejado los unos de los otros, nos habremos sin duda acercado más y la totalidad de nuestra cultura única resaltarán en la rica armonía de nuestros grandes pueblos independientes. El hecho de la disgregación de la América española en tantas naciones de fisonomía diferente, yo no lo considero un peligro para nuestra civilización; lo creo precisamente una manifestación del rasgo quizá más hondo y definitivo del español: nuestro individualismo. En este rasgo ha radicado siempre nuestra fuerza y nuestra flaqueza; y será inútil que tratemos de ser otra cosa que lo que somos. Ciertamente es que al ver triunfar en el mundo a los pueblos cuyo ideal de vida y rasgos de carácter son absolutamente opuestos e irreductibles a los nuestros, hemos podido dudar, como tantos han dudado, incluso de nuestra capacidad para la más alta civilización, y en consecuencia hemos podido ponernos, como lo hemos hecho, a tratar de asimilarnos de los pueblos triunfadores esos ideales y rasgos de carácter inasimilables llegando a mirar los nuestros propios como defectos vergonzos-